

La Constitución sobre la divina revelación, del Concilio Vaticano II declara solemnemente: "La santa madre Iglesia ha mantenido y mantiene con firmeza y máxima constancia que los cuatro Evangelios, cuya historicidad afirma sin dudar, narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente hasta el día de la Ascensión" (Dei Verbum, 19). La Iglesia afirma sin dudar que los Evangelios son documentos históricos y no una creación de la comunidad creyente. Y una de las pruebas más claras de la veracidad de los Evangelios es que los que son "columnas de la Iglesia", aquellos doce sobre los cuales Jesús fundó su Iglesia, aparecen constantemente en una actitud reprobable o abiertamente negativa: a menudo no entienden, tienen ambiciones humanas, tienen rivalidades, sobre todo, niegan a Jesús y lo dejan solo ante su pasión y muerte. Si la Iglesia hubiera inventado estos relatos no habría presentado a sus autoridades máximas en esa forma; la única explicación es que esa era la verdad, y que la Iglesia ama más la verdad que a sus mismas autoridades. Por eso ahora puede afirmar con energía que esos textos son históricos y veraces.

El Evangelio de hoy nos presenta uno de esos casos en que los apóstoles quedan "mal parados"; y no se salva ninguno de ellos. Dos de ellos, Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercan a Jesús y le dicen: "Maestro, queremos que nos concedas lo que te pidamos... concedenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda". Manifiestan una ambición humana, pues están pensando en un Reino terreno que ellos esperaban cuando Jesús, como el Mesías prometido, se sentara en el trono de David. No sólo manifiestan ambición, sino también completa incompreensión del misterio y de la misión de Jesús.

Pero tampoco los otros diez están libres de esos mismos defectos. El Evangelio dice que "al oír esto los otros diez, empezaron a indignarse contra Santiago y Juan". De esa manera demuestran que esos puestos de poder y privilegio los ambicionaban cada uno para sí. No estaban dispuestos a cederlos a otro; la ambición era más fuerte que la amistad que los unía y estaban a punto de dividirse por este motivo. En ese momento cada uno pensaba solamente en su propio interés.

Jesús les trata de explicar que esa petición está fuera de lugar, porque lo que debían ambicionar era más bien "beber el cáliz que él había de beber y ser bautizados con el bautismo con que él iba a ser bautizado". Estas son expresiones idiomáticas que se usan para indicar una muerte trágica asumida con paciencia y abnegación. Es decir, lo que debían ambicionar era asumir con él la cruz y estar a su la-

do en sus sufrimientos. Y luego Jesús agrega una enseñanza que es como la esencia del Evangelio: "El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos". Y para dar más firmeza a esta sentencia, Jesús mismo se pone como modelo, describiendo su propia vida y misión: "Tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos". Los apóstoles deberían anhelar estar "a su derecha y a su izquierda" en esta misión.

Los apóstoles finalmente comprendieron bien la enseñanza de Cristo y bebieron su mismo cáliz. Por eso, no obstante todo, son las columnas de la Iglesia. En efecto, San Pablo afirma que su ideal no es poseer poder en esta tierra, sino "tener comunión con los padecimientos de Cristo hasta hacerse semejantes a él en su muerte" (Fil 3,10). Y San Juan enseña: "Cristo... dio su vida por nosotros: también nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (1Jn 3,16).

Es significativo que corresponda leer este Evangelio el día en que la Iglesia celebra el Domingo Universal de las Misiones. En ese texto Jesús mismo explica cuál fue su propia misión: "El Hijo del hombre ha venido a servir y a dar su vida en rescate por muchos". Esto es lo que hacen los misioneros. Ellos beben el cáliz de Cristo, porque, como él, van a tierras lejanas a conducir una vida de privaciones y sufrimientos; en definitiva, van a dar su vida por la conversión de los hermanos, para que también ellos conozcan a Cristo y se salven por él. Este domingo la Iglesia ora por los misioneros y les da también el apoyo material que necesitan para llevar adelante esta tarea.

Este domingo la Iglesia tiene otro motivo de gozo y alegría: desde hoy cuenta con otro hijo suyo inscrito en el catálogo de los santos doctores; en realidad, se trata de una hija suya, lo que lo hace más notable. Respondiendo a un clamor que se alzaba de todas partes, el Santo Padre ha proclamado hoy "doctora de la Iglesia" a Santa Teresa del Niño Jesús. Estábamos acostumbrados a celebrar a santos doctores de aspecto y edad venerables, que han escrito tratados de profunda doctrina. Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897) fue una joven francesa que entró a los quince años al monasterio de carmelitas descalzas de Lisieux y, sin haber salido nunca de allí, murió a los 24 años. ¡Tenemos, por tanto, a un santo doctor de la Iglesia de 24 años! Su doctrina está bien expresada en el Evangelio de hoy: ella comprendió que ante Dios tenemos que estar como los niños, con las manos vacías, es decir, desconfiar totalmente de nuestro esfuerzo y confiar absolutamente en Dios, abandonándonos sin reservas a su misericordia y a su amor. Por su inmenso celo por la salvación de las almas, que la llevó a ofrecerse como víctima al amor misericordioso, el Papa Pío XI la nombró patrona de todas las misiones y de todos los misioneros. Por eso el actual Pontífice ha elegido este día para agregarla al catá-

logo de los santos doctores. Vale la pena conocer su vida y sus escritos, tanto más ahora que serán los escritos de una auténtica doctora de la Iglesia.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción